



GALERIA CÓMICA

FOTOGRAFÍAS SIN RETOQUES

La de hoy : — Un joven, gentil y apuesto de hermoso traje, de rostro en flor.



Es hermoso como Apolo,
como un astro, como él solo,
como un príncipe ideal.
Escritor de lo primero,
y, aunque hermoso, caballero
muy formal.

Pulsa á ratos la áurea lira
en verso y prosa suspira
por un buen empleo, y es
un eterno enamorado
del Presupuesto deseado....
sobre todo á fin de mes.

AÑO II
N.º 86
Octubre 20 de 1895
PRECIOS-SUSCRICION
MONTEVIDEO-DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1,00
Seis meses	" 5,00
Un año	" 9,00

EXTERIOR

Los mismos precios, en moneda equiva.
lente, con el aumento del franco.
Número corriente 30 centesimos + Número atrasado 40 centesimos

• SE VENDE EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS •
• SE PUBLICA LOS DOMINGOS •

Oficinas Provisorias: CALLE URUGUAY, 301
MONTEVIDEO.

SUMARIO

TEXTO—«Zig Zag», por Arturo Giménez Pastor—«Diálogo», por E. Navarro—«Para Ellas», por Alina Doré—«La sobrina de mi boda», por Carlos Lenguas—«Retazo», por C. L.—«Teatros», por Re-Bemol—«El estreno», por Kiel—«Entre dos fuerzas» (continuación)—«Menudencias»—«Correspondencia particular».

GRABADOS—«Galería cómica»: (Fotografías sin retoques)—«Para Ellas»: (Retrato de señorita), por Aurelio Giménez—«El orador de semana», «El horador de semana», por Wimplaine II—y varios intercalados en el texto por Aurelio Giménez—«La gracia ajena»: (Personajes históricos), por Mecachis.



¡Primavera!

La hermosa época de las flores, de los perfumes, de los choclos, de los amores y de los tomates jóvenes, llama a nuestra puerta, señores.

¡Paso a la Primavera!

Ella nos trae odas que sólo en Primavera se aguantan, por aquello de que nos encontramos rejuvenecidos; tardes plácidas, resfrios rezagados, noches de plata y días de difuntos.

Item más; vientecillos locos que nos hacen tragar media República en polvo y *Kermesses* que nos hacen vomitar medio año de vida en cobre.

En esta bendita estación suelen aparecer los jóvenes poetas aletargados, los enamorados de corazón transido y nariz sentimental, las auras suaves y los granos en el cogote. Es la hermosa estación de los paseos campestres con fiambres y tabardillos, y los vestidos claros con remiendos primaverales.

Los corazones enamorados empiezan a experimentar nuevas ímpetus, extrañas ansiedades y contratiempos inesperados.

—Yo tengo la costumbre, me decía uno, de ofrecer a mi amada, todos los años, las primicias de la estación. ¡Ah! Esta es nuestra estación; la estación de los amores que cantan los poetas.

—Sí, ya.

—Pues este año quise hacerlo también, y me marché a la pradera, a recoger las primeras flores para mi amada.

—¿Y las recogió usted?

—Me recogieron a mí dos guardias civiles en cuyas manos me puso el dueño de la pradera por robarle las flores.

—¡Caramba!

—Y yo yue pensaba llevar a Clodomira los primeros capullos de la estación virgen!

—Se contentaría usted con llevarle los perfumes...

—Los perfumes que le llevé fueron un olor a calabozo con porotos, y un vaho mortife-

ro del guiso de babosas que me dieron á comer en la comisaría.

—¡Qué dice usted, por Dios!

—¡Nó, nó! Guiso de porotos y olor á calabozo con babosas, quise decir. Mire usted, cuando me acuerdo de esto no sé lo que me digo!

—Ya se vé.

—Ah! Cuando me vió aparecer Clodomira y le conté lo ocurrido... No me haga usted acordar!

—Yo nó.

—Me dijo que yo era un grandísimo baboso (sin duda confundió el olor) y que me marchara con mi desesperación y mis porotos á otra parte, Me eché á sus pies...

—¿Y ella?

—Me echó a la calle. Salí dando mujidos de dolor, como una vaca indigestada, con el corazón hecho pedazos.

—Hombre; son muchas cosas para una vaca viva.

—Nó, ¡caramba! El corazón hecho pedazos lo tengo yo! ¡Qué vaca ni!...

—Ah, sí, sí.

—Siempre he sido muy desgraciado. Tres amores he tenido en mi vida, como aquel que canta.

Tres cosas tengo en el alma que no se apartan de mí...

¿sabe? Tres. Y á cual más desgraciado. El primero me dejó con el corazón deshecho.

—Un disgusto...

—Unas calabazas. El segundo me dejó el corazón partido: otras calabazas. Y el último, ya lo vé usted, me ha dejado el corazón hecho pedazos. con la tercer calabaza. Y todos en Primavera.

—Sí, es la época de las hortalizas.

—Figúrese Vd. como estaré yo!

—Me figuro; con el órgano echado á perder.

—¡Órgano! Cree usted que todavía tengo yo órgano? ¡Qué! Si con estas cosas me ha quedado en el pecho en vez de él... ¿qué se figura usted?

—Hombre....

—Una carbonada de corazón transido.

Hay seres así, en quienes el cambio de estación produce efectos desastrosos y andan con el corazón hecho picadillo ó la nariz colorada.

En cambio á otros maldito si les afecta ó se dán cuenta de ello.

—¿Qué tal? decía yo ayer á uno—¿Cómo vamos con el cambio de estación?

—Si yo estoy siempre en la misma; hace trece años.

—¿En la misma estación?

—Sí, en la del Ferro-carril á Pando.

La nota del día es la maravillosa transformación sexual de Brián.

Me supongo que ya saben ustedes que forma parte de la Comisión del Patronato de Damas para la construcción de la cárcel de mujeres. *Casa-asilo* como han dado en llamarle ahora, como si fuera lo mismo; aunque esto, por lo visto poco importa. Que como se metieran damas escasas de instrucción gramatical en este negocio de cárceles, mañana llamaban á la Penitenciaría *Retiro pacífico para criminales fatigados*.

Volviendo al asunto.

¿Se figuran ustedes cómo estará de coquetón Brian entre ellas, peinada á la griega su sedosa melena, dados de carmín los labios de su encantadora boquita, levemente acariciado por la seda un delicado cuello?

¡Ay Jesús!

Encantadora, encantadora. De fijo que ahora no se acerca á su gran amigo Julio Herrera.

En fin, con esto, ya no le queda nada por ser. Como nos decía un caballero.

—¡Qué demonios! llamándose Angel, ya tenía la mitad adelantado; todo el mundo no hace otra cosa que llamarles ángeles á las mujeres!... Y luego que Brian, que ha sido de todo, no podía quedarse sin concluir por ser hasta dama.

—Pero del Patronato...

—Por lo mismo. Ya está él tan acostumbrado á los patronos...

Sigue Angel, sigue que desde abajo

Maldito tú eres

entre todas las mujeres.

No les había dicho nada hasta ahora de nuestro próximo fin por obra y gracia del cometa de Faye, por no alarmarles.

Pero ahora el cometa avanza con más ganas que nunca, y, francamente, no quiero cargar con la responsabilidad del silencio.

Moriremos de una cometada, como otros fallecen de una puñalada ó cosa así.

Como arma *fin de siècle* no pueden ustedes pedir más. Nada menos que un cometa... No nos merecíamos tanto para ser tan pobres!

Lo que no quita que aún haya esperanzas. —¡Qué, hombre! me decía ayer un sujeto. Si ese cometa de Faye no puede, lógicamente, dar contra la tierra.

—¿Y porqué?

—Porque si es de *Faye*, será una barbaridad que no *falle* el golpe.

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR.



Diálogo

En un banquete oficial, muy grave y malhumorado se pasea un invitado por el salón principal. ¡Qué noche más aburrida, qué eterno salir y entrar! ¡Dos horas sin encontrar una cara conocida! Del salón en un rincón tropieza con un anciano y tendiéndole la mano, —¿Me dá usted un apretón?... —le dice—De estos extremos yo la clave le daré. Al verme hablar con usted, creerán que nos conocemos. Porque estoy haciendo el paso y, francamente, no quiero... —¡Apriete usted, caballero! ¡Yo estoy en el mismo caso!

E. NAVARRO.



Creo, amigas mías, que les interesará muy mucho conocer el retrato fisonómico del célebre Felipe *el hermoso*, esposo de doña Juana *la loca*. Y digo que les interesará, por que el tal monarca nó resulta nada seductor de persona.

Aquí tienen ustedes su retrato. ¿Muy feo, no es cierto amigas mías?



Sin embargo, no lo creyó así doña Juana. A pesar de los desvios é infidelidades de su regio esposo, doña Juana tanto más le amaba cuanto él más la desdénaba y ofendía. No era ella hermosa, y sus rarezas, sus caprichos, sus genialidades, y sobre todo sus continuos arrebatos de celos, apartaban más cada día á su marido. En cierta ocasión, estando los esposos en Gante, fué el palacio teatro de una violentísima escena. Andaba don Felipe en galanteos con una dama de la Reina, flamenca, de belleza extraordinaria; notólo doña Juana, y arrojándose sobre ella como una leona, la agarró por los pelos, como la más resuelta de las verduleras, y la arrancó uno de los hermosos bucles, que eran el encanto de su marido. Este, por su parte, desentendiéndose de todas las consideraciones y de todos los respetos, puso á doña Juana como hoja de perejil, y hasta se cree que le sacudió el regio polvo. Sin embargo esta escena y otras análogas, doña Juana seguía amando más y más á su marido, con delirio, con extraordinaria é insensata vehemencia. Esta interesante figura de la apasionada y enloquecida Reina, ha dado tema á muchos artistas para crear innumerables obras. El gran Tamayo en su magnífico drama *Locura de amor*, y el ilustre Pradilla en su célebre lienzo *doña Juana la loca*, han interpretado esas extrañas y dolorosas perturbaciones de la infortunada Reina.

Entermo de muerte Felipe *el hermoso*, doña Juana no se apartó un instante de su marido; entonces su perturbada razón sufrió el golpe final, y ya son conocidas las extravagancias de sus celos «de ultratumba», no permitiendo que ninguna mujer se acercase al cadáver de su esposo, paseándolo de pueblo en pueblo en procesión funeral y no permitiendo pasar la noche, á pesar de lo crudo de la estación, dentro de un convento, en el camino de Torquemada á Hornillos, sólo porque el convento era de monjas.

Y termino diciendo que estos datos los he sacado del *Blanco y Negro* de Madrid, pues no me gusta engalanarme con cosas ajenas.

ALINA DORÉ.



De fotografía Fitz Patrick

La sobrina de mi boda

(CON PERMISO DE PÉREZ ZÚÑIGA)

«Entrañas queridas de mis hermanas: ¿Ya saben que Mula, el Casto hijo del farmacéutico Seco del Arroyo tuerto, se casó el Agosto de mi sobrina con veintinueve Dolores?»

Merece este párrafo magnífico un casamiento aparte.

¡Me figuro los huevos que irán poniendo ustedes como noticias cuando lean mis ojazos!

La novia, con la negra divina hasta la cintura, estaba cabellera. Sus dedillos azules, sus ojos enguantados, sus zapatos de coral, sus labios de ba-

dana blanca, su estatura de azahar, su corona mediana... en fin: un angel de tripe cortado sobre la alfombra terrenal. El interesante, de frac y novio, estaba muy corbata blanca, y se volvía, con los parientes húmedos, hacia todos sus ojos, de clac en la mano.

Los radiantes no hay que decir que estaban emocionados y suegros.

—Mira la baba—le oí decir á un suegro.—¡Se le cae el jóven!

Faltaba una ceremonia para empezar la media hora, cuando un verso cirujano empezó á soltar un cojo empalagoso por demás, mientras un salón atento y profundísimo reinaba en el silencio. No se oía ni un poeta, y el suspiro, con la cabeza beceril, continuaba recitando con voz perfumada, con

una cadera trémula en la mano, con los cabellos despidiendo pupilas y sus llamaradas en desórden.

Era Dante en Divina recitando la persona Comedia

Se acercaba el momento; llegó, por fin, el sacerdote, en carácter de traje, la cabeza adornada de puntillas, la ropa llena de canas descubierta. Todas las sillas sonrieron respetuosamente al sacerdote y las caras crujieron sobre la alfombra.

Se encendió un salón más de gas, el pico resplandecía.

El padrino, del brazo de la cruz emocionada, regaló una novia esmaltada al sacerdote como boda imperecedera de aquella memoria.

Entonces el sacerdote, retorciéndose el bigote, sonrió, y el padrino sacó un libro de oraciones. El

EL ORADOR DE SEMANA

(POR LO DEORACIONES LAS)



Como blanco que no es manco,
de nuestra historia política
quiere en esta ocasión crítica
dejar la página en blanco.

EL HORADOR DE SEMANA

(POR LO DE HORAS)



Con entusiasmo profundo
probar quiere desde ya
que no hay nada en este mundo
como Julio y su papá.

novio llegó en seguida, con la madrina abierta al medio y la cabellera vestida de raso; pero el tuerto, con el andar tropezó con la pata de una señora de roble viejo y casi desmayó á una silla embarazada, asustando, con el pollo, á un incidente, que hablaba tiernamente con una consola tartamuda recostada á una muchacha de mármol, con cinco patas bien torneadas y dos angelitos á los costados

Pero este minuto no duró más que un percance.

Repuestos los concurrentes, todos los espíritus se pusieron en boda para presenciar la fila espléndida de mi sobrina.

A mis oídos, mis espaldas penetrantes percibieron algunas cómicas envenenadas tan frasecillas como estas:

—¿Qué me dices de la vecina monstruosa de la novia?—decía una cola ventruda y romántica de la Paz.

—¿Y del pollo perfumado que tiene el novio por cabeza?—decía un queso de bola cojo, lleno de orejas en las verrugas.

Era la pareja desatada, poniendo á la envidia como dómene de chupa.

Al fin el público, aburrido, echó la bendición á los novios, y el cura, galantemente, pidió un vals por alto á una estatua miope, que estaba sentada frente á una muchacha de cobre viejo sobre pedestal de *peluche*

—No, no; toque usted antes algo de anciano—interrumpió á voces un Chopin alegre.

Aquella Lucila (que se llamaba muchacha Pardo), no se hizo de rogar: levantóse, y haciendo girar el piano con una mano, sentóse al techo, quedando con los ojos fijos en el taburete.

Allí, Chopin, con una flor en el blanco seno, tocó las partes más sobresalientes de Lucila con gran arrebató, arrancando esas teclas sublimes que



ciertas manos arrancan de simples armonías de marfil. Con la muchacha puesta sobre el atril, la música dejaba correr las manos por el teclado, mientras una hoja suya, empolvada y sonriente, volvía la amiga aceleradamente cuando era necesario.

Cuando terminó de tocar, la salva cosechó una joven de aplausos estruendosos. Después ejecutó un vals, y las alfombras, como locas giraban vertiginosamente sobre las parejas rojas de mi casa.

¡Qué baile mío, Dios aquel! El sudor chorreaba á rios por mi calzado febriciente, y mi frente de charol, con un clavo terrible en la punta, hería el dedo gordo de mi zapatero, que mi maldito pié napolitano se había olvidado de quitar. No sabiendo qué hacer, me tragué una señora azucarada que me ofrecía tenazmente un almendra de luto y con lentes, y eso me consoló un tanto del grandísimo dedo que sentía en el pié gordo de mi dolor. Pero ¡qué! Al dar un solo clavo, el maldito paso de bronce se me enterraba en mis pelos poniéndome los pellejos de punta.

Fuíme, con la habitación algo entorpecida, hacia una cabeza reservada, donde entre novios y sollozos, se despedían tiernamente los suspiros de sus parientes, al mismo tiempo que algunos regalos empedernidos examinaban aquella inmensidad de curiosos, tendidos sobre mi cama, casi todos dentro de estuches y con una tarjetita delante.

Mis oídos se llenaban de lágrimas, los ojos me zumbaban, y era tal mi pobre tonto, que muchas veces, como un emoción, me llevaba desesperadamente las piernas á la cabeza y las manos me temblaban con un agitar de pantorrillas terrible.

En eso mi tierna Mula empezó á llorar amargamente, y sobrina tuvo que levantarle rápidamente el desmayo de tul por temor que le acometiese algún velo de histérica. Mi pobrecito butaca, con los ojos enrojecidos, se sentó, algo calmada, en una Dolores de terciopelo, dándose aire con un lavatorio de plumas de avestruz, que de encima de un abanico de mármol negro alcanzó diligentemente un corpulento monóculo de pera y chuletas, que llevaba un joven convexo de cristal de roca sobre el ojo izquierdo

Hubo un último sufrí; ¡cuánto adiós!

El novio, con la puerta ruborosa del brazo, salió por la desposada del vestibulo, abrazando una vez más á todos sus viejos guantes y metiéndose aceleradamente en el bolsillo los amigos arrugados y sucios.

Quedé solo: ¡sólo con mi hora á aquella alma avanzada de la noche! Los ruidos de la fiesta llegaban á mis corredores á través de los oídos alfombrados de mi casa. Llamé á un sorbete de delantal, que pasaba veloz ante mí, y le pedí un criado de crema: mi fragua, toda mi cabeza ardía como si fuese una persona.

¡Hermanas queridas! Me arrepiento de haber entregado mi hombre á un sobrina... vamos, que no puede querer como yo. A esta pesa me hora, y si no fuese por faltar á las barbaridades, haría una de esas conveniencias... He sido un solemnisimo matrimonio al no impedir ese mentecato perturbador.

Pero ya no hay nada de tiempo; la hecha esta cosa, y ni el mismo destino puede cambiar mi triste demonio.

Este remedio no tiene perro flaco, y aunque á infortunio todo son felicidades, me consuelo, deseándoles muchas pulgas en este año.

Su hermano que las adora,

CÁRLOS LENGUAS. >



Retazo

La coqueta Trinidad escribe á su novio Alberto:
«Por tu desvío sin nombre tengo el corazón deshecho.»

Y el joven, sin vacilar, dijo al punto:—¡Bien se vé! Como en tu vida no has hecho más que dar pedazos de él!

C. L.

TEATRO



El domingo dió su última representación en Solís la compañía Beccario, con la ópera *Aida*. El éxito fué satisfactorio. Sivori cantó admirablemente la frase del tercer acto *Non sei mia figlia*, pidiéndosele

con insistencia el *bis*, que fué concedido por el excelente baritono Signoretti fué aclamado en el dúo final de este mismo acto. La Montessini... cantó; orquesta y coros regulares, nada más que regulares.

San Felipe sigue con éxito representando *La Mascota* y *El Rey que rabió*, y (lo que es mejor y más importante para la compañía) con numeroso público.

Cibils, huérfano de público, languidece.

Hoy deberá efectuarse en Solís una función extraordinaria á beneficio de la distinguida actriz española Asunción Echevarría.

Presentaráse con *Lo Positivo*, y creemos que la notable actriz acreditará una vez más lo sobresaliente de sus facultades artísticas.

A Solís, pues.

RE-BEMOL



El estreno

—¿Con que siguen adelante las cosas del Patronato?
—Y aún les queda para rato
—Eh... Tienen tiempo bastante
—Y recursos.

—¡Ahí es nada!

—¡Las damas en estas cosas!
—Será por manos hermosas la tal Cárcel levantada.
De cárcel de ellas se trata y muy justo es que ellas la hagan
—Sí, mientras otros la pagan, hablando...

—Sí, hablando en plata.

Pero ¿á que no sabes quién á la cárcel entrará primero? Bien claro está
—Hombre yo...

—Piénsalo bien.

—Pues... alguna desgraciada...
—Te equivocas. Entrarán las que á levantarla van
—¡Hombre!

—Es verdad bien probada

—Nadie tal querrá juzgarla.
—Así es, quieras ó no quieras. Serán ellas las primeras en entrar... á inaugurarla.

KIEL.



A. GIMÉNEZ PASTOR

ENTRE DOS FUERZAS

IX

(Continuación)

Así el comedor de Pedro quedó declarado tácitamente *querencia* oficial y fué para todos casi una necesidad.

Alrededor de aquella mesa siempre alumbrada tranquilamente por la luz amiga de la reluciente lámpara de loza en cuya bomba esmerilada, Lucas Ferreira, aquel muchacho nervioso de pelo rojo y crespo como dicen que fué el de Judas, había dibujado horriblemente un hombre con grandes bigotes de tinta; en el comedorcito modesto y callado, habían de reunirse todas las noches, lloviese ó tronase y las pasaban alegres, todos espíritus

jóvenes, llenos de ideas nuevas ó rejuvenecidas al calor de la imaginación adolescente.

Todos los asuntos particulares de cada uno, generalizados por la necesidad de expansión, se habían tratado sobre aquella carpeta que delataba ya el derramamiento de muchos tinteros, con sus manchas azuladas, velando los eslabones rojos y azules del bordado.

Por eso, llevado de la costumbre, en su ansia de palabras de aliento que aprobasen la claudicación de su orgullo ridículo de antes, Mario recurrió al consejo de los otros, buscando ayuda, complicitad que fortalecieran su espíritu dándole fuerzas para ser debil, comunicándole ese valor que necesitan los espíritus altivos, aún quebrantados, para humillarse.

—Se trata de un caso de amor propio, les había dicho, disimulando, bajo la forma de un capricho de vanidad la herida oculta. Y cuando oyó la opinión de Federico que la emitió despreocupadamente, entre dos *jaques*, la cabeza larga, casi cilíndrica, cubierta de pelos cortos y descoloridos, inclinada sobre el tablero de ajedrez, un relámpago de ira brilló en sus ojos, al verle resolver así el conflicto con tal frescura, como si fuera un espíritu superior, fuerte, enérgico, capaz de hacerlo cuando aquella muchacha flaca que tenía por novia hacía



de él lo que quería, lo que se le antojaba, como que le hizo ofeitar una vez el mísero bigote, dejándole ridículo con aquella inmensa planicie que separaba la nariz de la boca, completamente pelada, que le daba un curioso aspecto de cómico triste.

Pero Pedro intervino, pidiendo detalles; el caso debía estudiarse, naturalmente.

Pretendía tener experiencia, mucho conocimiento del corazón femenino, ¡oh! una experiencia especial que había sacado husmeando cuanta novela le caía bajo los ojos, siempre metida la nariz entre papeles que devoraba apesar de la miopía brutal que le fruncía los ojos pardos y tímidos.

Mario con el aire indiferente, de quien expone sus dudas sobre el cumplimiento de un deber molesto y fastidioso, siempre empeñado en no descubrir la debilidad del espíritu, el dolor de la marca, la necesidad de mujer que lo acosaba, contaba todo lo ocurrido, como enfermo que da minuciosamente los síntomas de la dolencia, sin olvidar nada que pueda conducir al hallazgo del remedio, molestado por la mirada profunda de Daniel que fija en él, parecía recordarle aquellas observaciones lanzadas tiempo hacía en el seno de una tarde plácida cuando, mientras miraba la tranquila agonía del día, la frente pegada á los vidrios de la ventana, le había él, Daniel, predicho esas desazones é inquietudes que ahora se veía obligado á confesar á todos, disfrazándolas con su inocente máscara de caprichos de vanidad obstinada.

Mientras tanto el condenado rojo, Lucas, sacudido como por descargas eléctricas por los tirones de sus nervios endemoniados, alborotaba desde su rincón para lograr que terminara aquel asunto que le parecía fastidioso, agitando su cabeza encrespada de perro rubio.

Señores!—decía arrastrando las palabras entre sus dientes semi-apretados. Yo propongo una solución. Escucha, Mario, si la muchacha no te hace caso, pegale un tiro, y venga el chocolate!

Mario disgustado con aquella irrupción de la indiferencia cruda de los demás, calló, temiendo haber ido demasiado lejos confiándose á aquellos que quizás no le comprendían, pero Pedro se había apoderado de la cuestión, y en su afán de misterios, de hallar causas extrañas en hechos curiosos que él llamaba, revolvía toda su suspicacia experimental de romance.

Tenía el afán de lo novelesco, de lo singular. Le gustaba descubrir en cualquier insignificancia

razones ocultas, móviles desconocidos, era todo un fantasista de primera fuerza.

Se lo pasaba forjando con la mente novelas y echábase á escribirlas; compraba grandes cantidades de papel recortado en cuartillas que disponía cuidadosamente apiladas, arreglándolas con aire de satisfacción anticipada, prelibando el placer de la producción hermosa que había de llenarlas; luego trazaba con rapidez las primeras líneas; la nariz pegada al papel, toda su pequeña cabeza delicada entregada á la labor; pero al llegar á la mitad de la cuartilla, una vez escrito el párrafo de introducción, se ponía á limpiarse minuciosamente las uñas, con inmensa atención y prolijo cuidado, haciendo tiempo para que acudiera la inspiración con el resto de las ideas, mirando de cuando al espacio vacío con sus ojos fruncidos de miopía curioso, bañada con la expresión de la más enervante desidia su cara blanda, todo curvas, llena de blancura mate y pesada.

Y de ahí no pasaba; quedaba derramado allí un poquito de la obra futura y nada más.

Eran casi siempre capítulos que despuntaban llenos de elegancia extranjera, lejana, ráfagas que sugerían la idea de lugares entrevistados en las descripciones de novela, cosas que no hubiera en Montevideo, todo lo que arrastra las imaginaciones deseosas de algo nuevo, con el encanto de lo forjado á placer.

«Se la veía, por las tardes en el bosque de Boulogne, fina, delicada, elegante, envuelta en pieles su cabecita rubia, aristocrática, pasar arrastrada por magníficos troncos rusos cubiertos de espuma, indiferente á todo aquel desfile del gran París que la miraba así tan hermosa y delicada buscando como un favor su salud...»

Casi todos eran por el estilo, y ahí quedaban; el resto de la historia parisiense, siempre á desarrollarse en el seno de la nobleza del *Faubourg Saint Germain* que aquellos demonios de Feuillet y Ohnet no describían lo bastante para hacerla conocer al dedillo, como lo deseaba la curiosidad infantil de Pedro, quedaba en la mente.

Y así, en retazos, impetus efímeros del deseo de producir, se iba gastando aquella linda pila de cuartillas, tan arregladita, tan llena de promesas, que invitaba con su fresca blancura á ponerse á la labor, con buena letra, tranquilamente, contento el ánimo, confiada la mano.

(Continuará)



La Prensa del Salto y El Argos del Durazno dedican elogiosas frases al anterior número de nuestro semanario, reproduciendo algunas producciones de él.

Damos mil gracias á los colegas. Y ya que de gracias se trata, cúmplenos darlas al fotógrafo señor Santini, que con su hermoso retrato del señor Acevedo Díaz nos dió ocasión de hacer una caricatura tan elogiada (lo digo ruborizándome ¿eh?) como la del número del domingo pasado.

—No lo creerán admisible pero aseguro en conciencia que eso de la ley de herencia es ya cosa indiscutible. Juan Caro que es un avaro

como habrá pocos, de fijo, tuvo hace muy poco un hijo cual los tiene solo Caro. Esto no se vé dos veces, porque el chico ese nació á los siete meses... ¿No? Economizó dos meses!

Pero qué cosas se dicen.

—Yo conocí un enano—decía ayer un émulo de Pascualón—que como pasara una hormiga por su lado y diera una patada, le salpicaba la cara de tierra.

¿Quieren ustedes creer que salió otro con que había en su pueblo uno que para coger un *pucho* del suelo tenía que empinarse?

Vaya un cantar patriótico, ¡qué diablo!

Si bajan hasta la playa á ver la ropa lavar, saluden á mi morena que es labandera (1) oriental.

De «La Tribuna Popular»: «En la calle Guatemala cerca de la esquina de Pampa, estaba anoche parado un individuo, completamente ajeno á lo que se tramaba en contra suya. Un caballero se le arrimó y lo puso como nuevo á trompadas y puntapiés.

El agredido no sabe quién es el agresor ni tiempo tuvo de verlo: ¡cosa rara!

¡Que ha de ser raro! Con dos puñetazos en cada ojo, á cualquiera le sucede.

Ayer entró en una cigarrería un cliente ¡yo lo ví! pidió unos cigarros y entrega una moneda de dos reales. El cigarrero, despues de examinarla, se la devuelve diciendo:

—Son falsos. —¡Cómo!—dice el otro—¿Los dos?

Agradecemos el envío de la «Memoria» del Consulado General del Uruguay en la República Argentina que nos ha remitido el Dr. Ernesto Frías.

Y las invitaciones para el concierto de mañana en el Liceo Franz Liszt, y para el interesante torneo de ajedrez que se efectuará en el Club Español.



E. S.—Montevideo — El epigrama N.º 1 ya está fuera de actualidad, usted lo comprende. Y el otro, si fué verde para La Razón con más razón lo es para el nuestro.

Pinino—Pando— Me manda usted la *Historia de un pollino?* no son cuestiones mías le diré á usted; y lo siento Pinino, mas no admitimos autobiografías.

S.º M.—Tacuarembó—Si esos versos no han hecho descarrilar el ferrocarril en que vinieron, no descarrilan más trenes en el Uruguay.

Coletín—Montevideo—Es reventante como una bomba de clorato de potasa.

H. G. L.—Idem—Veremos.

(1) Perdonen ustedes la b. Pero el efecto....

La gracia ajena

PERSONAJES HISTÓRICOS POR MECACHIS



Afonso II el casto



Felipe el largo



El Infante de la Cerda

HOTEL CENTRAL
Gregorio y Pola y C^o
CALLE 25 DE MAYO
241 y 247

EL TORO
MANUFACTURA
DE
TABACOS Y VAPOR
Y
FABRICA DE CIGARRILLOS
DE
SALGUEIRO

URUGUAY 288
292

BOLICA CENTRAL
HOMEOPÁTICA
18 DE JULIO 9:53

AL Polo
Bamba

CASA ESPECIAL EN CAFÉ

CALLE COLONIA 2, 4, 6, 8

Dá el «Polo Bamba» un café de clase tan superior que beber no logra usted en el mundo otro mejor.

STUDIO DOLEF
FOTOGRAFICO

Calle Sarandí, 359
Retratos modernos de busto á la romana.

A Dolce, es ya cosa vista nadie á retratar le gana y, como es todo un artista, no hay niña que se resista á vestirse de romana.

FOTOGRAFIA INGLESA
DE J. PATRICK

Fotografía de moda por la high life preferida donde retrata toda la gente más distinguida.

EL ANTICUARIO

Calle 18 de Julio 184

Vende, compra y revende «El Anticuario» libros viejos, vulgares, nuevos, raros, y, por más que parezca extraordinario los paga bien y no los vende caros.

STUDIO DOLEF
FOTOGRAFICO

DE
CHUTE & BROOKS
Calle 25 de Mayo 300
MONTEVIDEO
Calle Florida 44
BUENOS AIRES

FALLIGARIS
Estudio fotografico

Hace esta fotografia retratos tan excelentes que á ella acuden á porfia las más distinguidas gentes.